

CENTINELA DE LOS SUEÑOS

EMILIO LARA

CENTINELA
DE LOS SUEÑOS



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: abril de 2021

© Emilio Lara, 2021
Autor representado por Silvia Bastos S. L.
© de la presente edición: Edhasa, 2021
Diputación, 262, 2.º1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6368-5

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 3960-2021

Impreso en España

A mis amigos.

Capítulo 1

Londres, 2 de septiembre de 1939, 6:00 horas

Botellas de leche salpicadas de sangre. Así amaneció Londres ese día. La neblina nocturna comenzaba a disiparse mientras se formaban en las habitaciones unas nubecillas de pólvora y resonaban lejanas detonaciones tras las que sobreveníá un espeso silencio. Al poco, se fueron abriendo las puertas que daban a la calle y de ellas salían arrojados los cuerpos sin vida de las mascotas. Se oían llantos infantiles procedentes del interior.

Scott había madrugado más de la cuenta. No desayunó para evitar ruidos en la cocina que despertasen a su hijo: el silbido del agua hirviendo de la tetera y el entrechocar de cubiertos y platos. En realidad, tras pasar la noche en vela, se le había cerrado el estómago y no le apetecía siquiera un sorbo de té. Se vistió de prisa, casi a hurtadillas, le puso la correa al perro, y, con sigilo, salió a la calle, tiró del pomo de latón y cerró la puerta con suavidad.

–Vamos, Duncan –dijo en voz baja.

El fox terrier meneó el rabo y bajó los tres escalones con sus característicos andares vivarachos. Hacía fresco. Las últimas estrellas, emborronadas por los restos de niebla, se iban difuminando. El hombre se ajustó el nudo de la corbata y el sombrero, respiró hondo, encendió un cigarrillo y comenzó a caminar a zancadas, para llegar cuanto antes. La luz mortecina de las farolas de gas victorianas tenía la cualidad de detener el tiempo de los edificios, de devolverlos a un inamovible pasado. Oía a las rosas y alhelíes que florecían en los jardines. Miró a ambos lados

de la calle y contó cuatro cadáveres de perros y tres de gatos; yacían delante de las puertas pintadas de colores chillones, en las aceras o junto a las verjas del jardín delantero de las casas. Bajo sus cabezas se había formado un charquito de sangre.

Dejó atrás Fitzroy Street sin dejar de escuchar disparos aislados procedentes del interior de los edificios; a veces, el fogonazo iluminaba durante un instante una ventana. Duncan se sobresaltaba con cada estampido y dejaba las orejas enhiestas unos segundos, alerta, pero su amo continuaba su camino sin muestra alguna de nerviosismo.

Caían pavesas del cielo. Llovía ceniza que atravesaba la niebla menguante. Scott, con la mano libre, se sacudió los hombros y las mangas de la chaqueta de doble botonadura y miró hacia arriba, extrañado.

Un veterano repartidor de periódicos, con un mazo de ellos atados con cordel, recién imprimidos y con la tinta aún fresca, caminaba despacio hacia Fitzroy Square con un cartelón blanco colgado por delante y detrás que anunciaba en grandes letras mayúsculas: «Alemania invade Polonia». Carraspeaba para aclararse la garganta y deshacer las flemas. Pronto empezaría a vocear aquel titular de la edición matutina.

Unos operarios municipales, vestidos con pantalones y chaquetilla de color marfil y cubiertos con gorras de paño, destapaban latas de pintura blanca y pintaban a brochazos gruesas franjas horizontales en la base de cada árbol y farola negra. Otros, arriñonados, pintaban cuadrados blancos en el borde de las aceras. Los autobuses urbanos rojos de dos pisos y los coches más madrugadores circulaban despacio a pesar del escaso tráfico. Los pasajeros y conductores, sorprendidos y silenciosos, pegaban la cara a los cristales para observar los cuerpos inertes y sangrientos abandonados en plena calle, aguardando a que los retiraran los basureros.

Al girar por Warren Street, Scott arrojó al suelo la colilla de Player's, la pisó con el tacón y prosiguió su camino sin necesidad de tironear de la correa, pues Duncan era un perro bien

amaestrado que jamás remoloneaba olisqueando ni se enzarzaba con otros animales.

–Ya queda menos –dijo en susurros, más para sí que para el perro.

Los viandantes con los que se cruzaba caminaban atemorizados. Miraban con recelo al cielo, aguzando el oído por si distinguían motores de aviones aproximándose. Scott apretó el paso hasta doblar una esquina; allí, al fondo de la calle, se alzaba un antiguo edificio de ladrillo visto pardusco.

La clínica veterinaria.

A esa hora incierta, con sus tejados puntiagudos y ventanas ojivales, semejava una mansión de cuento gótico.

Numerosas personas acompañadas de animales caminaban por la calle, bajo el resplandor de azufre de las farolas. Unas lo hacían presurosas, taconeando las mujeres en las aceras y con enérgico paso los hombres. Otras, sin embargo, demoraban la llegada y ralentizaban los andares, con una esperanza pueril de retrasar lo inevitable. Algunas llevaban en brazos a sus mascotas y musitaban algo mientras las acariciaban. Los perros más ariscos ladraban al cruzarse con sus congéneres, y los ladridos retumbaban en el silencio de hielo de la calle, sólo roto por el intermitente petardeo de los vetustos motores de los automóviles.

Aunque la clínica veterinaria todavía estaba cerrada, ante ella esperaba una larga fila de hombres y mujeres. Un cartel sobre la puerta rotulaba con eufemismo: «Traiga a su mascota para el regalo del sueño». La desazón era contagiosa. Se mostraban taciturnos, las miradas hacia el suelo, abismados en tristes pensamientos. Sólo un anciano, con ropas que claramente eran de talla mayor, parloteaba para exorcizar sus miedos y convencerse de que estaba haciendo lo mejor. Que se trataba, en definitiva, de un acto de amor.

Scott se colocó en la fila, Duncan se sentó sobre las patas traseras, olfateó el aire y agachó las orejas. Los perrillos más pequeños, acunados en brazos de sus amos, lloriqueaban de hambre, mientras que otros gañían y metían el rabo entre las piernas.

Presentían algo. La plata gaseosa de la niebla ya se había evaporado y la naciente claridad permitía distinguir los estáticos globos de barrera que, a varios cientos de metros de altura y amarrados al suelo con cables, habían sido elevados para obstaculizar los ataques en picado de la aviación enemiga.

El anciano parlanchín de la ropa holgada sacudía la cabeza al mostrar un folleto verde. Todos conocían aquel papel en el que aparecía silueteada en negro una pistola del calibre veintidós. El viejo, con ojos enrojecidos, se justificaba:

–Yo no soy un matarife. No he sido capaz de pegarle un tiro –señaló a su *beagle*, echado a sus pies–. No valgo para eso.

–Tampoco yo –comentó una mujer abrazada a un caniche blanco.

–No tengo tanta sangre fría. Soy incapaz de hacerlo –remachaba el hombre, pasándose la mano por el pelo canoso.

Se abrió la puerta metálica con un chirrido de bisagras y los corazones se encabitaron. Una bonita joven en bata blanca comenzó a recibir a los primeros visitantes con un amago de sonrisa; cobraba la tarifa y se guardaba el dinero en un bolsillo ancho de la bata. Los perros se revolvían, nerviosos. El aire contenía un dulzón olor a cloroformo. La muchacha indicaba que esperasen la llegada de los operarios y, sin moverse de la puerta, recibía con su forzada sonrisa de payaso triste a quienes, en chorreo, entraban.

Aparecieron entonces cuatro trabajadores, con mono azul, gorra de paño y un humeante cigarro en la boca. Los dueños de las mascotas se despidieron de ellas, cada cual a su manera. Hubo llantos y lamentos desgarradores de amos abrazados a sus animales, y también hubo quienes, para abreviar el instante, las entregaban sin más a los operarios y se marchaban con celeridad. Huían de aquella antesala fatal. Escapaban con el corazón encharcado, incapaces de aguantar más.

Scott se arrodilló, acarició la blanca cabeza del perro y le dijo:

–Adiós, Duncan. Eres un buen perro.

El fox terrier le lamió la mano, mirándolo con sus ojillos negros, y meneó su corto rabo, cortado al poco de nacer como era costumbre en esa raza.

Sin más, Scott entregó a uno de los trabajadores la correa que sujetaba al perro. Vio cómo recorría un corto pasillo y lo sacaba a un patio al aire libre lleno de jaulas. Inspiró hondo, apretó los labios, y notó que se le metía en la nariz el penetrante olor a éter. Antes de salir de la clínica, observó cómo dos veterinarios con guantes de goma, en una habitación alicatada de blanco al estilo de los dispensarios, les inyectaban una sustancia verdosa a unos animales que, previamente anestesiados, yacían sobre una mesa metálica. Sin delicadeza, con una profesionalidad industrial.

Salió a la calle con un regusto ácido en la boca del estómago. Rascó un fósforo, encendió un pitillo y exhaló el humo con la vista fija en los lejanos penachos negruzcos que expulsaban las chimeneas. Y en los apepinados globos de barrera.

Cruzaban junto a él aquellos que abandonaban la clínica veterinaria, con la cabeza gacha y un sentimiento de orfandad, evitando cruzar las miradas, a paso lento, como si calzasen los zapatos de plomo de los buzos. Algunas mujeres sacaban pañuelos de los bolsos o de los puños de las mangas y se cubrían los ojos para ocultar su llanto. Y algunos hombres escrutaban el cielo gris, atentos a un zumbido de aviones o al descenso de paracaidistas.

El contraste entre la vida y la muerte era tenue. La brisa estaba perfumada con las flores que crecían en los cuidados jardines de las casas y todavía llovían pavesas. Daba la sensación de que las nubes hubiesen enfermado de silicosis o el cielo llorase una pena negra.

Él regresó a casa. Pero ya no lo hizo a zancadas.
Ahora tocaba decírselo a su hijo.

Capítulo 2

Londres, 2 de septiembre de 1939, 7:00 horas

Jimmy acababa de desayunar cuando su padre regresó a casa. De la cocina emanaba el cotidiano aroma a pan tostado, té recién hecho y mermelada de fresa. El joven, con el pelo mojado y oliendo a jabón de lavanda, recibió a su padre con una sonrisa:

–¿Dónde has ido?

No obtuvo respuesta. Scott colgó el sombrero en el perchero, se desabotonó la chaqueta, entró en la cocina, cogió la tetera del fogón apagado y se sirvió una taza de té con unas gotas de leche. No lo azucará. Detestaba el sabor dulce en las infusiones.

–Siéntate, Jimmy –pidió.

El chico detectó una inusual gravedad en la voz paterna, y sus labios, fruncidos de súbito, deshicieron la sonrisa.

–¿Ocurre algo? –recló.

–Siéntate, hijo.

–¿Y Duncan? ¿Dónde está? ¿Por qué lo has sacado hoy tan temprano a la calle? Siempre lo hago yo... –encadenaba preguntas, angustiado de repente por aquella seriedad mañanera.

Scottapuró el té tibio y dejó la taza en el fregadero. Con calma, tomó asiento en una silla de metal azul celeste y posó las manos entrelazadas sobre la mesa de madera de pino.

–He tenido que hacerlo –dijo con aplomo–. No nos quedaba otro remedio.

A Jimmy le flaquearon las piernas y se dejó caer en una silla, frente a su padre. Sintió que se le congelaban las venas. Se

hizo un silencio tan abrupto que cualquier palabra hubiera resultado una intrusa. Sólo resonaban las gotas que caían del grifo mal cerrado del fregadero, como plomo derretido. La primera luz del día penetraba por la ventana, esclareciendo la cocina de azulejos blancos y confiriendo un aspecto sombrío al gesto del padre. Un gesto funerario.

—¿Qué es lo que has tenido que hacer? ¿Dónde está Duncan? —el muchacho elevó la voz.

—No teníamos otra opción. Has de ser fuerte, hijo mío.

Jimmy, con el corazón desbocado, pegó un grito:

—¿Qué has hecho? ¿Dónde está Duncan? —repitió, y se puso en pie de un salto.

La silla cayó al suelo con estrépito.

El padre, sin perder la serenidad, dejaba que su hijo se desfogase.

—¿Dónde lo has llevado? —preguntó, con la rabia y la pena atornilladas en la garganta.

—A la clínica veterinaria.

—¿Para qué? No está enfermo.

—Para dormirlo.

Aquellas palabras fusilaron las últimas esperanzas del chico. Se le agolparon las lágrimas en los ojos y apretó los puños. La voz le salió entrecortada:

—No tienes derecho. Mamá nunca lo hubiera hecho —apostilló.

La contestación atribuló a Scott, que bajó la mirada, golpeado por el recuerdo de su mujer. Las últimas sombras refugiadas en los rincones de la cocina se esfumaban ya cuando se levantó despacio, atiborró de aire los pulmones en una larga inspiración y, con calma, trató de explicar:

—Si ambos resultamos heridos cuando comiencen los bombardeos o nos sucede algo peor... —hizo una pausa enfática para no mencionar la palabra «muerte»—, ¿quién cuidaría de Duncan? Hazte cargo, Jimmy.

—¿Por qué tienen que caer las bombas precisamente en

nuestra casa? ¿Acaso lo sabes? –gritó el joven angustiado, mientras el llanto le hinchaba y deshinchaba el pecho.

–Nadie puede saberlo, hijo, pero es una posibilidad que debemos valorar. La guerra es algo terrible. Vienen tiempos difíciles. Y, además, cuando racionen los alimentos y apenas tengamos suficiente para comer, ¿hubieses querido ver a Duncan morir de hambre?

Los lagrimones resbalaban rápidos por la cara del muchacho. La noticia había sido como un trabucazo; con la mente embotada, se mostraba incapaz de responder o de argumentar. Lloraba desconsolado, le temblaban los labios y la boca le sabía a lágrimas saladas: el inesperado sabor de la tristeza.

–Aunque ahora no lo entiendas, sacrificarlo es lo mejor para él y para nosotros. Le evitaremos sufrimientos. Ya lo comprenderás, hijo. Ya lo comprenderás.

Las ollas y sartenes de cobre, colocadas en una repisa de mayor a menor, brillaban. La cocina había dejado de oler a pan tostado y a té.

–¿Lo han ma-matado? –balbució al fin Jimmy.

–Lo dejé al cuidado de los trabajadores. Los veterinarios se encargarán. No se enterará ni sufrirá. Lo dormirán. Confía en mí, hijo. Hay decisiones en la vida difíciles de tomar. A mí me duele tanto como a ti, pero es lo mejor. Era inevitable.

La serenidad del padre desconcertaba todavía más al chico, que la interpretaba como gelidez y desapego sentimental. Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y preguntó:

–¿Lo has llevado a la clínica donde lo vacunaron cuando era cachorro?

–Sí.

–No tenías derecho –repitió, enfadado.

El padre espiró despacio por la nariz. Consultó la hora en su reloj de pulsera y, preocupado por el devenir de los acontecimientos, dio por terminada la conversación:

–Hoy será un día complicado en el trabajo. Tengo que irme. Adiós, Jimmy.

El muchacho oyó cerrarse la puerta de la calle. Se quedó quieto en la cocina unos minutos más, lloroso, y luego salió al recibidor, donde contempló la foto enmarcada en plata en la que su madre, con una sonrisa de quien estrena primavera, lo abrazaba a él cuando tenía ocho años. En un rincón, junto al paragüero, aún estaba el cabo de cuerda con nudos que utilizaba para jugar con Duncan. Intentó aclarar y enfriar sus pensamientos, demasiado confusos e hirvientes. ¿Qué debía hacer? ¿Podía salvar a su perro o ya era demasiado tarde? ¿Quién le prestaría ayuda? Reparó en el ejemplar del *Times* del día anterior doblado sobre el sillón de su padre.

Salió a la calle con un portazo y echó a correr a casa de su mejor amigo.

La visión de los cadáveres de animales delante de los jardines, junto a los cubos de basura e incluso al lado de las cabinas telefónicas aceleró su ya enloquecido corazón.

Capítulo 3

Londres, 2 de septiembre de 1939, 9:00 horas

A primera hora de la mañana el tableteo de las teclas de las máquinas de escribir ametrallaba el aire, los timbres de los teléfonos de baquelita negra repicaban con insistencia, las aspas de los ventiladores removían el humo de tabaco, los redactores daban voces pegados a los auriculares o para que los oyesen colegas sentados dos mesas más allá.

Los más calurosos trabajaban en mangas de camisa y con el nudo de la corbata aflojado mientras una secretaria con traje de chaqueta oscuro repartía la correspondencia recibida por las diferentes mesas de la redacción, y del despacho del director salían, congestionados por una reprimenda, dos editorialistas y un columnista. En aquel guirigay, los meritorios llevaban tazas de té y café a sus jefes intentando no derramar ni una gota, clasificaban papeles, leían los alarmantes teletipos y ponían la oreja para aprender los rudimentos del oficio.

La invasión alemana de Polonia el día anterior, el miedo a ser asaltados y bombardeados en cualquier momento y las consecuencias de la guerra monopolizaban los corrillos. Y también, de pasada y en voz queda, se hablaba de la «dormición», del funesto amanecer con cadáveres por todo Londres. Contritos, varios periodistas habían confesado en tono de confidencia que, antes de acudir al trabajo, habían llevado a sus mascotas al veterinario.

Maureen, sentada en su mesa, garabateaba en un folio el esquema de su próximo artículo: «Cómo vestirse en la primera

cita». Siguiendo su rutina, escribía a mano un borrador para luego, con las ideas bien armadas, mecanografiarlo. A pesar de su capacidad para aislarse del ruido y concentrarse en su trabajo, aquella mañana no sólo se sentía desganada, sino que el tema le parecía insulso con tantos y tan vertiginosos acontecimientos. Le puso la capucha a la estilográfica y, justo cuando su jefe inmediato pasaba por delante, se levantó de su mesa atestada de papeles, recortes de periódicos, folletos de moda y anuncios publicitarios.

–Señor Corbyn... –comenzó.

Estaba convencida de que la había oído, pero el hombre, con andares grasosos, sorteaba las mesas con gesto preocupado, con la cara de profunda seriedad que suelen poner algunas personas atareadas en cuestiones nimias que consideran cruciales. Fue tras él notando cómo, a sus espaldas, algunos compañeros la repasaban con la mirada. Y, cuando el redactor jefe de Ecos de Sociedad se detuvo delante de un archivador de columna, lo abordó.

–Señor Corbyn –repitió, con voz más clara.

Éste abrió un cajón del archivador metálico y, cigarro en boca, comenzó a buscar una ficha con sus dedos gordezuelos. Lucía doble papada abacial y dos abultados pliegues cárnicos en el cogote. Llevaba visera, al estilo de la vieja escuela, y como era pequeño, alzó la cara para mirar a aquella alta pelirroja de ojos verdes. Achinó los ojos para que no le picase el humo del pitillo y, sin despegar apenas los labios, respondió:

–¿Sucedé algo, señorita Fitzsimmons?

–Tengo dudas sobre mi artículo.

–¿Dudas? ¿Qué clase de dudas? –expulsó el humo hacia la cara de la mujer, molesto por la impertinencia.

Ella entrecerró los ojos y trató de sonreír, aguantando el golpe de tos.

–No creo que, dadas las circunstancias, lo que tengo entre manos sea una información interesante, y mucho menos relevante.

A su alrededor, el *Daily Mirror* bullía. Se sucedían repentinamente carreras desde los despachos de los directivos hasta las me-

sas, algunos fotógrafos se colgaban la máquina al cuello y salían a la calle emparejados con reporteros, y los ventiladores deshacían las volutas azuladas de tabaco sin refrescar el aire viciado de las salas.

El señor Corbyn dio una calada, se quitó el cigarro de los labios y, con los ojos engurruñidos, deletreó con tono irónico, como si le achicharrasen en la boca, las últimas palabras pronunciadas por Maureen:

—¿In-te-re-san-te? ¿Re-le-van-te?

Ella, en lugar de molestarse por el recochineo verbal, compuso una sonrisa de anuncio de dentífrico.

—Creo, sencillamente, que puedo ser más útil al periódico si escribo sobre algún tema que atrape a nuestros lectores. Algo con gancho, relacionado con la guerra.

—Usted límitese a escribir sueltos sobre cotilleos y moda. Es su cometido. Temas de mujeres, cosas ligeras. Es lo suyo.

El redactor jefe de Ecos de Sociedad, irritado por rebajarse a explicar lo obvio, dio la espalda a aquella marisabidilla de pelo rojizo y continuó buscando en el cajón del archivador. Maureen regresó a su mesa. Se sentó con la espalda erguida, tamborileó en el tablero con sus uñas lacadas en rojo y, dispuesta a no arriar su voluntad y a puentear al señor Corbyn, en un intempestivo arranque de osadía, se levantó y atravesó la enorme oficina.

Los tipógrafos llevaban un lapicero en la oreja y tenían los dedos manchados de tinta —parecía que acabasen de tomarles las huellas dactilares—; las telefonistas introducían y sacaban clavijas de los agujeros de la centralita; un reportero barbilampiño, tras leer con rapidez los breves textos vomitados por los teletipos, recortaba las noticias con tijeras para clasificarlas en tres montones, y el furioso tecleo de las máquinas de escribir opacaba el ruido de las conversaciones telefónicas. A pesar de que las ventanas estaban abiertas, olía a sudor, a loción de afeitado, a humo y a las colillas que colmaban los ceniceros.

Maureen, con sus cimbreados andares embutidos en una falda de tubo hasta media pierna, rozaba al pasar las mangas va-

cías de las chaquetas colgadas en los respaldos de las sillas y las papeleras de alambre atestadas de bolas de papel arrugadas. Inmunizada contra las miradas de reojo que la calibraban llamó con los nudillos al cristal traslúcido de la puerta del director. Nunca antes lo había hecho.

Era la ocasión.

Capítulo 4

Londres, 2 de septiembre de 1939, 11:30 horas

Toda la mañana automóviles de lujo, con cromados impolutos y figurillas plateadas en el morro, con maleteros atestados y equipaje atado en las bacas, hicieron rugir sus motores por la ciudad. Las familias acaudaladas abandonaban Londres para refugiarse en sus confortables residencias campestres, a salvo de las bombas alemanas. Los neumáticos rodaban por el asfalto y luego por los caminos de tierra hasta detenerse en la gravilla de entrada de las antiguas casas de ladrillo visto y chimeneas. El servicio doméstico, atareado en el frenesí de dismantelar las viviendas, soportaba en silencio las órdenes de las señoras aquejadas de jaqueca; las criadas cubrían el mobiliario con sábanas, como si unos fantasmas se hospedaran en las casas que se quedaban vacías, y embalaban ropa, vajillas de porcelana y cubertería de plata, sin olvidar sus cofias, guantes y delantales blancos para servir las cenas como era debido en salones adornados con trofeos de caza y un aire teñido de la luz verde de la campiña.

Un Rolls Royce con maletas Louis Vuitton atadas con pulpos pasó veloz por Baker Street. El sol de mediodía sacaba destellos a la estatuilla femenina alada del capó del cochazo, y Jimmy y Thomas, apoyados en los barrotes de la verja del jardín, se quedaron mirándolo.

—Otros que se largan. Gallinas.

Jimmy asintió y suspiró. Aunque ya no lloraba, la tristeza por el fatal destino de su perro lo anegaba. La sensación de pér-

dida era descarnada. Le había contado a su amigo lo que había pasado con Duncan. Se lamentó de no haber podido despedirse siquiera de su perro y, enfadado con su padre, ardía de impotencia y desesperación. La frialdad y desapego mostrados por su padre echaban sal en la herida del corazón de Jimmy, que se reconcomía, angustiado.

–Míralos, parecen osos hormigueros –Thomas señaló con el dedo hacia la calle.

Varias personas caminaban deprisa con las máscaras antigás puestas, en previsión por si los alemanes lanzaban gas mostaza, alarmadas por los insistentes rumores que hablaban de que, en cualquier momento, las nubes tóxicas se mezclarían con la niebla del Támesis.

–¿Por qué lo llaman «dormir»? Es más fácil llamarlo por su nombre: «matar» –dijo de repente Jimmy.

–«Dormir» es una palabra menos dura, supongo. El sueño eterno. ¿No dicen eso? –Thomas hizo una pausa, arrugó el entrecejo y preguntó con curiosidad–: ¿Cómo debe ser morirse?

Jimmy, agarrado como un presidiario a los barrotes de hierro de la verja, meditó antes de responder:

–Dormir sin soñar y sin despertarse nunca.

–¡Vaya!

–Cerrar los ojos, que se haga de noche en tu mente, no sentir nada y no volverlos a abrir –soltó de corrido.

–Da miedo imaginarlo.

Los rosales, cuidados con primor por el padre de Thomas, exhalaban un aroma aterciopelado. En un rincón permanecía tumbada una abollada regadera de cinc. Las mariposas revoloteaban sobre los parterres y una bandada de pájaros sobrevoló la calle. Del cielo caían ocasionales pavesas, como copos de nieve quemados. Una rara nieve de luto. Entonces, un traqueteo de cadenas precedió a un Bren Carrier con ametralladora que pasó por la calle. Los dos amigos contemplaron con curiosidad aquella pequeña tanqueta para adultos que jugaban a la guerra.

–¿Cuántos años tiene Duncan? Tres, ¿no?

—Cuatro.

—Esta mañana me han despertado los disparos. Tenía abierta la ventana de mi habitación y se oían por toda la calle. Parecían petardos.

Thomas extrajo del bolsillo del pantalón un folleto verde en el que aparecía dibujada una sencilla pistola. Ambos lo conocían de sobra. Durante los meses de julio y agosto el gobierno se había encargado de distribuir millones de panfletos en los que, desde el Comité Nacional de Precaución de Animales en los Ataques Aéreos, aconsejaba trasladar las mascotas al campo o dejarlas al cuidado de familiares que viviesen allí en cuanto estallase la guerra, y si no era posible, recomendaba deshacerse de ellas. Eliminarlas. Matarlas. Los carteros buzonearon la ciudad con los folletos, en la prensa se insertó propaganda gubernamental que instaba al «regalo del sueño», y la BBC incluyó cuñas publicitarias en las que locutoras de dulce y modulada voz aconsejaban «dormir» a perros y gatos antes de que silbasen las bombas. Había sido el verano de los eufemismos, de preparación para una muerte indolora.

—Los vecinos compraron una pistolita de ésas. La vendían por correspondencia y venía con una bala así de pequeña —Thomas aproximó el pulgar y el índice para mostrar el minúsculo tamaño—. Vi el arma. Parecía de juguete, de mentira.

—El mes pasado el cartero echó a nuestro buzón el panfleto; lo leí y lo tiré a la basura —repuso Jimmy, mirando con aprensión el folleto verde—. Cuando le comenté a mi padre lo que el gobierno pedía hacer, se calló. No dijo nada. Ni una palabra. Pensé que él lo veía como algo ridículo, o malvado, que no se le pasaría por la cabeza matar a Duncan. Dormirlo. Qué equivocado estaba... —Bajó los ojos hacia el césped del jardín.

Las negras farolas de Baker Street mostraban tres franjas blancas pintadas en su base. Se había decretado el apagón nocturno para no darles facilidades de orientación a los pilotos alemanes. La pintura aún estaba fresca y resbalaban gotas espesas. Pero, gracias a ella, los conductores no chocarían por la noche. Cruzaban

la calle dos mujeres montadas en bicicleta con cesta delantera. Daban timbrazos y llevaban las perneras recogidas con pinzas para no engancharse con los pedales. Parecían ir de excursión.

–¿Sufrirá Duncan? –Jimmy miró a su amigo con los ojos muy abiertos, ávido de palabras tranquilizadoras.

–No creo. Le pondrán anestesia y luego...

–¡No le dispararán!

–Supongo que emplearán una inyección letal. Como hacen con los que están muy enfermos.

Jimmy no podía entender que los mismos veterinarios que vacunaban a los animales, curaban sus heridas, les administraban fármacos y los operaban fuesen capaces de matarlos con jeringazos de veneno. De «dormirlos».

–¿Qué puedo hacer, Thomas?

–No sé. ¿Y si le dices al veterinario que te devuelva a Duncan? A lo mejor llegas a tiempo.

–No me haría caso. Respetará la decisión de los adultos.

–Ya no somos unos niños –protestó Thomas.

–Sólo tenemos trece años. No me haría caso.

Una madre caminaba a paso rápido con su hijo pequeño de la mano. Parecían marcianos aterrizados en Londres o fugados de las trincheras de la Gran Guerra. La mujer, con un vestido suelto de lino y sombrerito, llevaba máscara de gas, y también el niño, quien, abrazado a un muñeco de Mickey Mouse, apenas debía ver, pues las aberturas de plexiglás para los ojos estaban empañadas. Precisamente la noche anterior, después de emitir por televisión unos dibujos animados del ratón de Walt Disney, se cancelaron las emisiones por miedo a que los nazis aprovecharan las ondas de aquella novedosa tecnología para sus ataques aéreos. Miles de aparatosos televisores de gruesa pantalla abombada habían quedado tapados por fantasmales sábanas al igual que el resto del mobiliario de las familias que, en automóviles conducidos por sus chóferes, se trasladaban a mansiones campestres que olían a la cretona polvorienta de las cortinas y a suelos encerados.

–Se me ocurre algo. Quizá sea una tontería, pero me he acordado del periódico que mi padre lee. El *Times*.

–¿Qué has pensado?

–Quejarme –Jimmy se rascaba la cabeza, pues el gesto le ayudaba a que fluyesen las ideas.

–¿A quién?

–Al director del periódico. Mi padre lo ha hecho en alguna ocasión: escribir una carta y enviarla al *Times*.

–¿Eso te devolvería a Duncan?

–Quizá no, pero ayudaría a que no «duerman» a otros perros.

–Bien pensado. Alguien te hará caso.

–¿Me ayudarías a redactar la carta?

–¡Por supuesto!

Pasaron raudos dos coches militares de camuflaje. Los empleados municipales ya habían recogido los cadáveres de las mascotas sacrificadas en la calle, y los barrenderos habían lavado las aceras y peldaños de los edificios con el agua a presión de las mangueras. No quedaban restos de sangre. Como si el ángel exterminador no hubiese hecho su ronda al amanecer.

Tras emborronar varias cuartillas al alimón sin quedar satisfechos, finalmente los dos muchachos dieron por válida la misiva. Hicieron otra copia, pensando que sería más efectivo enviarla a los dos periódicos que leían sus padres: el *Times* y el *Daily Mirror*. Alguno de ellos la publicaría.

Ahora quedaba meterlas en los sobres, enviarlas a ambos diarios y luchar contra la impaciencia que ya devoraba a Jimmy, pues en su interior se había desatado un combate contra el tiempo y su corazón latía contra reloj. Mientras buscaban sobres dentro de la casa, Jimmy reparó en las velas embutidas en botellas y en palmatorias. Thomas dijo:

–Mi madre las ha dejado puestas por si se repite el apagón de anoche –comentó Thomas–. Le da miedo la oscuridad. Dice que debemos estar prevenidos.

Y miró por la ventana. Justo en ese momento, dos adolescentes caminaban por delante del jardín. Peinadas con cola de

caballo, apretaban los cuadernos escolares con ambas manos contra el pecho, en un gesto de estudiada coquetería. Reían ajenas a la guerra.

–¿Has visto? –Thomas abrió mucho los ojos.

–¿El qué?

–¿Qué va a ser? ¡Esas dos preciosidades que acaban de pasar!

–No estoy para esas cosas –respondió Jimmy con tono mustio.

Por Baker Street seguían rodando Bentleys y Morgans de llantas blancas, carrocería encerada y caja de herramientas en el estribo. Los pasajeros, que mantenían subidas las ventanillas para que no se filtrase el gas si caían bombas venenosas, miraban hacia el cielo amenazador y contaban en voz alta los globos de barrera, en un remedo de juego infantil. Y los niños, repantingados en asientos de lustrosa piel, cantaban las nanas con las que los dormían sus niñeras al caer la noche.

El apagón. El recuerdo de la oscuridad de la noche anterior iluminó a Jimmy.

Capítulo 5

Londres, 2 de septiembre de 1939, 11:45 horas

Las locomotoras, al detenerse en las vías, expulsaban chorros de vapor y penachos de humo por la chimenea, fatigadas como minotauros de hierro tras el largo viaje. Aquello semejaba un monumental concierto de instrumentos de metal desafinados: chirridos, vagones que se acoplaban, pitidos agudos, traqueteo de bielas, ruedas frenando, martillazos estridentes y portazos. Aunque despacio, partían los trenes con estrépito y un agitar de manitas asomadas por las ventanillas mientras, en los andenes, flameaban pañuelos blancos mojados de lágrimas. El griterío de órdenes ferroviarias y castrenses se imponía a los lloros inconsolables y a las despedidas. Miles de niños eran evacuados en la estación de tren de Paddington.

Tras la urgente revocación de permisos, soldados con el casco en bandolera comprobaban en los paneles los horarios de partida y llegada a sus destinos, a sus acuartelamientos. Los oficiales, con la gorra bajo el brazo, caminaban presurosos, el gesto tenso y, para sentirse importantes, voceaban instrucciones en cuanto veían corrillos de soldados fumando.

Maureen, libreta y lápiz en mano, se abría paso entre aquella multitud en la que abundaba el caqui de los uniformes y el cuero de los correajes. El director del periódico, sorprendido por su petición, la había autorizado a trabajar en algo que no fuesen noticias de moda o ecos de sociedad.

–Pero ¿por qué quiere escribir sobre algo diferente, señorita Fitzsimmons? –había preguntado, acodado sobre la mesa de su despacho, cubierta de papeles desordenados y subrayados en rojo.

–Creo que puedo ser más útil al periódico. Ofrecer a los lectores un punto de vista novedoso –respondió ella con apabullante seguridad en sí misma.

–¿Cuánto tiempo lleva en el periódico? ¿Un año?

–Quince meses, para ser exactos.

–En los tiempos que se avecinan la gente necesitará más que nunca noticias alegres que la ayuden a evadirse. Reportajes ligeros. Usted hace bien ese tipo de cosas –replicó, con un deje paternal.

–Seguiré haciéndolos, señor director, pero a la vez puedo dedicarme a dar una visión sobre otros asuntos en los que estén involucradas mujeres –respondió con sutileza.

–¿Se refiere a utilizar el sexto sentido femenino? –El hombre elevó las pobladas cejas, rascó un fósforo, prendió la pipa y le dio varias chupadas en medio de un silencio valorativo.

–A eso precisamente. Ha dado usted en el clavo –contestó halagadora al comprobar que el director sonreía, como si hubiese llegado por sí mismo a esa conclusión.

–Una mujer enfocando temas de mujeres.

–Exacto.

–Ya hizo una buena entrevista a Phyllis Gordon cuando paseó a su guepardo.

La actriz americana de cine mudo Phyllis Gordon se había hecho de nuevo célebre por ir de tiendas en Londres con Cheetah, un guepardo adoptado en Kenia. La exótica y sensual estampa de la bella actriz, con vestidos estampados y una estola de zorro al cuello en las mejores *boutiques* londinenses llevando de la cadena al animal salvaje había sido muy fotografiada. Maureen le hizo una entrevista que le gustó al director del *Mirror*.

–Pero esta vez quiero que sea algo diferente.

El director meditó la propuesta como un rumiante que mastica el alimento, lo traga, lo regurgita y vuelve a mascararlo despacio.

–Pero no se inmiscuiría en asuntos de hombres..., ¿verdad?
–Alzó una ceja en un peludo acento circunflejo.

–Por supuesto que no. –Ella acompañó la respuesta con un rápido cabeceo.

–Bien. Le doy una semana a modo de prueba –concedió al fin, apuntándola con la boquilla mordisqueada de su humeante pipa.

Aquello supuso tal calambrazo de emoción para Maureen que salió escopeteada de las oficinas del *Daily Mirror* hacia la estación de Paddington, pues el plan para evacuar a millares de niños al campo debía de haber comenzado ya. Estaba convencida de que sería un buen reportaje. Adecuado. No podía fallar. Un solo error le costaría regresar a sus insulsos ecos de sociedad, a escribir sobre el largo de las faldas en las salas de baile y los juanetes causados por los tacones.

A lo largo de un andén vio una columna de niños de a tres escoltada por enfermeras de la Cruz Roja y por maestras. Apretó el paso y, al esquivar a la gente, chocó contra un militar.

–Lo siento –se excusó.

–¡No corra usted! ¡Mantenga la calma, dé ejemplo! –gritó el oficial en tono cuartelero.

–¡A mí no me chille! ¿Se ha creído que soy uno de sus soldados? –Enfurecida, sus mejillas copiaron el color de su pelo.

El comandante de artillería, sorprendido por la reacción de aquella mujer, sintió trabucarse su colérica respuesta mientras contemplaba, con la gorra bajo el sobaco y los puños apretados, cómo aquella pelirroja le daba la espalda y se alejaba a buen paso.

Maureen llegó a la altura del numeroso grupo de niños que, en ordenadas filas, caminaba flanqueado por maestras de andares militarizados que alzaban la barbilla y acompasaban los brazos como en un desfile. Los chiquillos, con grandes etiquetas con su nombre y dirección prendidas con imperdibles en sus ropas, transportaban cajas de cartón llenas de comida enlatada y llevaban colgadas al hombro talegas y petates con efectos personales. Los hermanos iban cogidos de la mano para no separarse.

Sus caritas reflejaban un caleidoscopio de estados de ánimo: algunos sonreían, como pensando que los llevaban de excursión; otros, más desconfiados, iban enfurruñados, y los más pequeños, asustados por el concierto dodecafónico de las locomotoras, hacían pucheros que estallaron en llanto al vislumbrar a sus madres junto a los vagones.

Las enfermeras, con mandiles y gorritos blancos, consolaban a los niños que hipaban y sollozaban, vigilando al tiempo que ninguno resultara lastimado. Las maestras más jóvenes acariciaban las cabezas de sus alumnos y les dedicaban palabras tiernas, mientras que la mayores, endureciendo la mirada tras sus gafas de montura al aire, evitaban el contacto físico con la grey infantil.

Maureen se aproximó a una profesora de cabello canoso recogido en un moño apretado. Vestía traje de chaqueta oscuro y llevaba un camafeo en el cuello de la blusa. Su delgadez remarcaba los pómulos, y su piel parecía no conocer más que diciembre.

—¿Puedo hacerle unas preguntas? —la abordó—. Soy reportera del *Daily Mirror*.

—Estoy... muy atareada, pero sí, puede —respondió, sofocando un raptó de vanidad.

—¿A dónde llevan a los niños?

—Al norte, a la campiña. Los distribuirán por diferentes casas de familias que los acogerán.

La periodista anotaba con rapidez en la libreta, con su letra apretada de hormiga. La maestra de perfil aquilino estiraba el cuello y miraba de reojo a los niños. Por edad, porte y maneras, Maureen supuso que se trataría de una de las muchas viudas de la Gran Guerra que, dedicadas a la enseñanza, habían cubierto las vacantes dejadas por los docentes muertos en los embarrados campos de Flandes. Los niños, con pantaloncitos cortos y calcetines bajos y chaquetas de *tweed* desabotonadas, caminaban con las gorras escolares ladeadas; las niñas, con abriguitos hasta las rodillas, miraban hacia delante para tratar de distinguir a sus

madres entre el gentío. Algunos transportaban maletas rodeadas con una cuerda apretada o una correa, otros acunaban ositos de peluche o llevaban en la mano una foto de su familia como si fuera una reliquia. Los cuerpecitos de algunos desprendían un balsámico olor a la esencia Wintergreen que sus madres, al anochecer, les habían untado en el pecho por estar acatarrados.

–¿Se trata de un traslado forzoso?

–¡Oh, no! Voluntario. Los padres han dado su consentimiento.

–Algunos alumnos lloran. ¿Les han explicado dónde los llevan?

La maestra enfrió aún más su gesto. Parecía que le hubiesen restregado una barra de hielo por el rostro.

–Si lloran es porque están malcriados en sus casas –repuso al fin, con voz sombreada–. Demasiado mimados.

El comentario sonó como si sostuviera una regla de madera para dar palmetazos en la mano extendida a los alumnos que errasen al recitar la tabla de multiplicar, hiciesen un borrón de tinta en el cuaderno o se trabucasen al recitar algún monólogo de Shakespeare.

–Las familias de acogida los tratarán bien –continuó–. Se avecinan tiempos complejos y debemos ser fuertes. También ellos. –Y señaló a los niños que, obedientes, caminaban en paralelo a los vagones estacionados en la vía.

–Gracias.

Cuando terminó de garabatear la respuesta de témpano de la maestra, Maureen se volvió hacia una niña cariacontecida:

–Hola, ¿cómo te llamas? –endulzó la voz.

–Christine.

–¿Estás triste?

–Sí.

–¿Por qué?

–Me acuerdo de Bob.

–¿Quién es Bob?

–Mi perrito.

—¿No puedes llevártelo?

—Mi papá le hizo daño esta mañana. Pobre Bob. —Sus ojos brillaron, y una lágrima asomó, tímida.

La pequeña Christine continuó su camino junto a sus compañeros de clase. Conforme la infantil columna se aproximaba al vagón de cabeza, las madres que aguardaban expectantes buscaban a sus respectivos hijos, los abrazaban, besaban y les deslizaban ternuras al oído. Los pequeños, a los que nadie había ido a despedirlos, se sentaban sobre sus maletas de cantos de cuero desgastado, apoyaban la barbilla en una mano y lloraban en blando silencio, sumidos en pensamientos de tristeza invernal, inmunes a los cariños que, como píldoras amorosas, les suministraban las enfermeras. Entre el equipaje llevaban hatos de ropa limpia, pastillas de jabón, cuentos, muñecos y cartas de sus padres escritas con caligrafía temblorosa donde les recordaban cuánto los querían y lo bien que iban a estar en plena naturaleza.

Junto al tren, una pareja de *bobbies* con el barboquejo del casco abrochado sonreía a los chiquillos y los saludaban llevándose la mano a la sien. Las enfermeras repartían vasitos de té y galletas de jengibre, y, mientras tanto, los niños que llevaban puestos cascos de plástico como soldados en miniatura devolvían el saludo a los guardias, pues para ellos la guerra era un juego, un divertimento que justificaba unas vacaciones fuera de la ciudad.

Maureen aprovechó para entrevistar a varias madres; nerviosas y con un variable sentimiento de culpa por abandonar temporalmente a sus retoños, le manifestaron su incertidumbre por no saber en qué condiciones vivirían sus hijos: ¿serían felices en sus nuevos hogares?, ¿cuánto tiempo duraría aquello?, ¿caerían bombas en el campo?, ¿los querrían las familias de acogida?, ¿los maltratarían?, ¿les darían de comer lo suficiente y los atenderían si caían enfermos?, ¿se olvidarán sus hijos de sus caras si la evacuación se prolongaba en el tiempo y la guerra no terminaba pronto? Entretanto, las maestras pasaban lista, comprobaban por última vez los datos de las etiquetas que llevaban prendidas los

niños en la ropa y vigilaban que ninguno se alejara del grupo, que no se perdiera en la inmensidad de la abarrotada estación.

También preguntó a varios niños qué sentían, y si bien unos exhibían la alegría de los viajes hacia lo desconocido otros expresaban pena y una nostalgia anticipada de sus casas y de sus padres.

De repente, tras unas conminatorias palmadas de las maestras los pequeños subieron a los vagones. En ese momento, un ferroviario de uniforme azul oscuro tocó el silbato para anunciar la salida: el largo y agudo pitido de la locomotora electrizó los corazones de las madres, los chorros de vapor despertaron al alestargado monstruo de hierro y el tren comenzó a moverse con lentitud de saurio mientras los niños, agolpados contra las ventanillas, sacaban las manos y decían adiós a las madres con un griterío de recreo. Éstas, varadas en los andenes, saludaron con los pañuelos con los que se enjugaban las lágrimas, lanzaron besos al aire y dijeron adioses con tintineo de pulseras hasta que el tren desapareció de su vista. Entonces, incapaces de pronunciar palabra, se abrochaban las chaquetas entalladas de sus trajes y, encendiéndose un cigarrillo para calmar el nerviosismo, se marchaban deprisa subidas en sus zapatos de tacón y dejaban tras de sí una estela de perfume, tabaco y tristeza.

Maureen cerró la libreta. Nuevas columnas de a tres de niños atravesaban la estación para subirse a sus trenes. Parecían alevines de nómadas. Ella no tenía hijos, pero entendía el dolor y la tristeza de las madres que, para evitar desgracias, habían consentido evacuar a los suyos al campo y así alejarlos de las bombas. Se guardó la libreta y el lápiz en el bolso y se dispuso a regresar al periódico.

Atravesó la estación mientras los rayos de sol penetraban por las aberturas del techo de bóveda de cañón y parcheaban de luz los raíles y las traviesas. Los soldados fumaban apoyados en las altas columnas de hierro remachado, ajenos al ruido de fragua de los trenes. Olía a carbón y a metal recalentado. Los mozos de cuerda, con el cigarro en la boca, transportaban en carretillas baúles y maletas, y los pasajeros, nerviosos, miraban la hora

en el gran reloj colgante mientras apuraban sus pitillos. En el tren que acababa de partir, los niños seguían diciendo adiós antes de que los vagones se perdiesen en la distancia y sus caritas se manchasen de carbonilla.

Ya tenía en la cabeza el reportaje. Curiosamente, la pena infantil por sus mascotas muertas era lo que más la había conmovido.